

El Evangelio según la comunidad de San Mateo

Al enterarse Jesús de que habían arrestado a Juan, se retiró a Galilea. Dejando Nazaret, se estableció en Cafarnaún, junto al lago, en el territorio de Zabulón y Neftalí. Así se cumplió lo que habla dicho el profeta Isaías: "País de Zabulón y país de Neftalí, camino del mar, al otro lado del Jordán, Galilea de los gentiles. El pueblo que habitaba en tinieblas vio una luz grande; a los que habitaban en tierra y sombras de muerte, una luz les brilló." Entonces comenzó Jesús a predicar diciendo: "Convertíos, porque está cerca el reino de los cielos."

Pasando junto al lago de Galilea, vio a dos hermanos, a Simón, al que llaman Pedro, y a Andrés, su hermano, que estaban echando el copo en el lago, pues eran pescadores. Les dijo: "Venid y seguidme, y os haré pescadores de hombres." Inmediatamente dejaron las redes y lo siguieron. Y, pasando adelante, vio a otros dos hermanos, a Santiago, hijo de Zebedeo, y a Juan, que estaban en la barca repasando las redes con Zebedeo, su padre. Jesús los llamó también. Inmediatamente dejaron la barca y a su padre y lo siguieron. Recorría toda Galilea, enseñando en las sinagogas y proclamando el Evangelio del reino, curando las enfermedades y dolencias del pueblo.

Matteo 4,12-23

Reflexión al Evangelio: LA PRIMERA PALABRA DE JESÚS

El evangelista Mateo cuida mucho el escenario en el que va a hacer Jesús su aparición pública. Se apaga la voz del Bautista y se empieza a escuchar la voz nueva de Jesús. Desaparece el paisaje seco y sombrío del desierto y ocupa el centro el verdor y la belleza de Galilea. Jesús abandona Nazaret y se desplaza a Cafarnaún, a la ribera del lago. Todo sugiere la aparición de una vida nueva.

Mateo recuerda que estamos en la «Galilea de los gentiles». Ya sabe que Jesús ha predicado en las sinagogas judías de aquellas aldeas y no se ha movido entre paganos. Pero Galilea es cruce de caminos; Cafarnaún, una ciudad abierta al mar. Desde aquí llegará la salvación a todos los pueblos.

De momento, la situación es trágica. Inspirándose en un texto del profeta Isaías, Mateo ve que «el pueblo habita en tinieblas». Sobre la tierra «hay sombras de muerte». Reina la injusticia y el mal. La vida no puede crecer. Las cosas no son como las quiere Dios. Aquí no reina el Padre.

Sin embargo, en medio de las tinieblas, el pueblo va a empezar a ver «una luz grande». Entre las sombras de muerte «empieza a brillar una luz». Eso es siempre Jesús: una luz grande que brilla en el mundo.

Según Mateo, Jesús comienza su predicación con un grito: «Convertíos». Esta es su primera palabra. Es la hora de la conversión. Hay que abrirse al reino de Dios. No quedarse «sentados en las tinieblas», sino «caminar en la luz».

Dentro de la Iglesia hay una «gran luz». Es Jesús. En él se nos revela Dios. No lo hemos de ocultar con nuestro protagonismo. No lo hemos de suplantar con nada. No lo hemos de convertir en doctrina teórica, en teología fría o en palabra aburrida. Si la luz de Jesús se apaga, los cristianos nos convertiremos en lo que tanto temía Jesús: «unos ciegos que tratan de guiar a otros ciegos».

Por eso también hoy esa es la primera palabra que tenemos que escuchar: «Convertíos»; recuperad vuestra identidad cristiana; volved a vuestras raíces; ayudad a la Iglesia a pasar a una nueva etapa de cristianismo más fiel a Jesús; vivid con nueva conciencia de seguidores; poneos al servicio del reino de Dios.

José Antonio Pagola

La fe, ¿seguridad o aventura?

Continúa el debate sobre si avanza la secularización o asistimos a un renacer espiritual. Los datos estadísticos son susceptibles de lecturas contradictorias. Algunos fenómenos culturales, como Rosalía, también son poliédricos, cuando no, caleidoscópicos.

Sin embargo, en el fondo, se cierne la sospecha sobre la autenticidad de la fe gestada en la fuerza de colectivos eclesiales pujantes. Se puede pensar que es una moda, esto es, una tendencia que pasará de moda. Aun así, que nadie se rasgue las vestiduras ante lo aparentemente nuevo (Hch 14, 14), porque durante siglos la fe de muchos se ha sostenido por la inercia del entorno. Y las nuevas realidades pastorales no han sido las primeras en esgrimir el argumento de los números.

Tal vez la novedad radica en que hoy, en un ambiente secularizado, se hace más necesario que nunca un conocimiento más personal de Dios, no tan especulativo y más vivencial. Por supuesto corremos el riesgo de convertir la pastoral en un parque temático, proveedor de un abanico de emociones que pueden acabar siendo un sucedáneo de la vida espiritual.

Ahora bien, en este contexto, en vez de entender la fe como una seguridad que nos protege de la incertidumbre, la podemos acoger como una aventura que reclama una importante dosis de coraje y audacia. Etimológicamente el término “aventura” alude a los hechos inciertos que están por venir y entronca con la palabra “adviento”, la espera de lo que ha de llegar.

La fe siempre ha implicado salir de nuestra tierra (Gn 12, 1) para no tener dónde reclinar la cabeza (Mt 8, 20), un éxodo, un dejarnos llevar a dónde no siempre queremos ir (Jn 21, 18).

La esperanza cristiana no se sustenta en las convicciones de ningún grupo cuya prioridad sea la autoafirmación. En tiempos de des-ventura, podemos buscar refugio en presuntas certezas o bien responder a la invitación de emprender el camino de las bien-aventura-nzas. La fe, hoy y siempre, es una aventura, de lo contrario, no es fe.

Podrías haber sido tú

Podrías haber sido tú, o yo, o quizás alguien conocido. Y estar ahora muerto, o en el hospital, o buscando desesperadamente a un familiar, sintiendo que el dolor gana el pulso a la esperanza. Porque esos trenes los hemos cogido todos, por trabajo, por turismo o para visitar a un familiar. Por eso todos nos sentimos reflejados. Es el dramatismo y la esencia de la tragedia, en la que el infortunio hace que la vida dé un vuelco en un mísero instante, donde el cálculo de posibilidades de que ocurra un suceso así es casi imposible, y menos ser tú el triste protagonista. Pero la realidad es que ocurren cosas, y vaya si ocurren.

Y es así cuando nos damos cuenta de que en la vida toca ir a lo importante, y no perder el tiempo en memeces que nos quitan la energía. En obsesiones que nos paralizan o en cálculos que nos apartan de la vida verdadera, preocupaciones que terminan en el yo o en angustias innecesarias que nos vacían por dentro. Aquellas pamplinas que nos impiden decir un “lo siento” o dar un abrazo merecido, que enmudecen una bella conversación o nos cierran los ojos ante la belleza que lo trasciende todo. En aquello que nos entretiene, pero que no nos hace crecer. En sucedáneos que nos apartan de la fuente de todo o que reducen nuestra agenda a un ahora que no nos llena, porque aquello que no sacia, termina dando más sed.

En España, más allá de nuestras neuras, cegueras ideológicas y pedradas particulares, siempre nos acaba uniendo la emoción por los éxitos deportivos, la alegría de nuestras innumerables fiestas y la solidaridad ante la tragedia y el dolor compartido. Hoy es también ese momento. Ojalá estos días sean tiempo de ir a lo importante, de rezar los unos por los otros -especialmente por las víctimas y por sus familiares-, y de saber que la vida duele pero merece realmente la pena, aunque haya veces que solo Dios es capaz de sostenerlo todo entre tanto dolor.

Pastoral Jesuita, Alvaro Lobo Sj